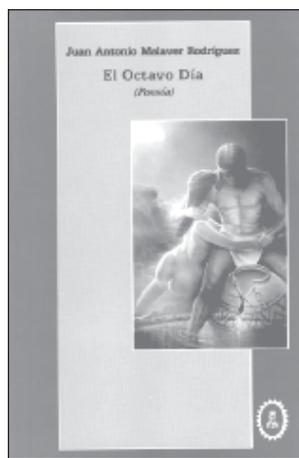


desarrollar su múltiple obra escrita, aludiendo por ejemplo a la atención que hay que prestar a la lectura de la prensa y sobre todo al diálogo. Por ello escribe que hay que «*estar atento a la palabra y al palpito de los otros*»; importante lección para el presente, en el que los oídos son sordos ante el saber de los demás.

Un tema de interés particular lo constituye el Carnaval del diablo en Riosucio. En la descripción dada por Otto Morales se encuentran las raíces del festival, del sentir de la comunidad que diferencia un diablo bueno, burlesco de un diablo impuesto por las tradiciones judeocristianas. En el carnaval descrito encontraran los antropólogos excelentes fuentes para analizar las actividades lúdicas de los colombianos, que perduran a pesar de los múltiples conflictos existentes en el país. Descripción del carnaval que alienta a participar en él con el pretexto de conocer un rincón más de Colombia. **bU**

El octavo día, de Juan Antonio Malaver Rodríguez

Zulma Martínez Preciado
Docente
Departamento de Humanidades
y Letras
Universidad Central



Con Juan Malaver la palabra escrita deambula en paisajes inhóspitos de vida, miradas fantasmagóricas de jóvenes y viejos reticentes al olvido, naturalezas que dignifican sueños, incluso humanos placeres de un primer amor, viajes que describen el sentir de Odiseo, y mundos sobrenaturales (equiparables a los descritos por Juan Rulfo) que martillan la conciencia de quien frente a espejos y ventanas espera un octavo día.

El mundo de tiempo en tiempo exige ser descrito, y para ello escoge extasiar bajo la tormenta a hombres como Juan, ese «dádivoso niño moreno» que, primero en el campo y luego en la ciudad, construye cantos de esperanza, recuerdo y orfandad; mano de Adonis que traza lugares hechos música a partir del corazón, los ojos y la razón; por eso sus imágenes y metáforas llenas de belleza, crueldad y bondad son pensadas, añoradas y amadas.

Y si el mundo exige ser narrado, este hijo, «el cuarto de Olga y José Abel», lo muestra tal cual es: no importa si es de intrigas, de encrucijadas o de pequeños andantes quijotescos que luchan entre Vados diabólicos y Tópagas beatas, siempre conspirando ante cualquier barón que, como Calvino, almidona su blanca camisa, sinónimo de incorruptibilidad.

¿No es acaso éste un homenaje a Ovidio, a Luis Alejandro o esa imagen que en *in memoriam* perdona el resentimiento del amigo Arturo? y ¿qué decir de la dedicatoria a ese gran poeta de la vida y del amor que en *El Saceño* pone todo su ser?

A través de éste libro (Premio de Poesía CEAB en 1999) que se impregna de campo, de ambientes espectrales, de recuerdos infantiles marcados por cansancios prematuros, de viajes y partidas, de calles empolvadas matizadas por el sol de los venados y de los sabores propios del silencio, la soledad y la muerte, puede vislumbrarse la propia imagen del poeta...un hombre de ojos «aparentemente huraños», que en verdad albergan una infinita ternura, cuya sensibilidad terrígena, sinfonía de olores, colores y sonidos naturales se decantada en el ambiente citadino : «/en este mundo hecho de cercas,/ hecho de lenguas que aparentan».

y sí el poeta es egoísta, sí el poeta no compra amistad, él se da como la vida y juega a ser amado o despreciado para siempre.

El octavo día no puede ser más, sino aquél en el cual nuestras mejores galas justifican sonrisas vencedoras de miserias y soledades que renunciaron a mendigar pedazos de besos hechos amor. Hoy San Gabriel deja el miedo peregrino; ya no es cuero, ni camino a la riqueza, está simplemente como templo arquitectónico, donde la lírica esculpió recuerdos nostálgicos de aquél que lloró, rió y se embriagó.

Recuerdo, ese es *el octavo día*. «*El día en que el azul profundo/ se vista de negro*»; por eso, la miseria de las laderas, el frío que soplaba los huesos, las sonrisas de Ramona y el pedacito agridulce de Ovidio que encontró en su sobrino un atisbo de inmortalidad. **bU**